que embellecia mis dias y me daba su abrigo; pero loado sea Dios; mi vida no está edificada sobre la tierra con tanta solidez como las torres en donde pasé mi juventud.»

Ahora ya conoce el lector al viagero con quien ha de entenderse en la narracion de sus primeras aventuras.

# VIAGE A AMÉRICA.

Embarquéme, pues, en Saint-Maló, como ya he dicho; nos hicimos á la vela, y el 6 de mayo de 1791, á las ocho de la mañana, descubrimos el pico de la isla de Pico, una de las Azores: pocas horas despues fondeamos en una mala rada, sobre rocas en frente de la isla Graciosa, cuya descripcion puede leerse en el *Ensayo histórico*. Se ignora la época precisa del descubrimiento de esta isla.

Esta era la primera tierra estrangera adonde yo aportaba, y por esta razon me quedó un recuerdo de ella, que conservó para mí el sello de la viveza y de la juventud. Por eso conduje á Chactas á las Azores, y le enseñé la famosa estátua que los primeros navegantes pretendieron haber encontrado en aquellas playas.

De las Azores, arrojados por el viento sobre el banco de Terra-Nova, nos vimos precisados á tocar segunda vez en la isla de San Pedro. «T. y yo, digo tambien en el *Ensayo histórico*, recorriamos los escarpados montes de aquella isla, y soliamos perdernos entre las nieblas en que abunda generalmente,

vagando por medio de las nubes y las bocanadas de viento, sin oir mas que los bramidos de un mar que descubriamos, estraviados entre espesos matorrales á la orilla de un riachuelo, que se precipitaba entre las rocas; T. se imaginaba ser el bardo de Cona, y como era semi-escocés se ponia á declamar algunos pasages de Osian, acompañándolos de tonadas salvages, que al efecto improvisaba.»

Los valles están sembrados en diferentes partes de una especie de pino, cuyos tiernos tallos sirven para hacer una cerveza amarga. La isla está cercada de muchos escollos, entre los cuales es notable el del *Palomar*, así llamado porque las aves marinas hacen allí sus nidos en la primavera. En el *Genio del Cristianismo* he dado su descripcion

La isla de San Pedro solo se halla separada de la de Terra-Nova por un estrecho harto peligroso; y desde sus tristes riberas se descubren hasta las costas mas sombrías de Terra-Nova. Durante el verano las playas de aquellas islas se hallan cubiertas de peces, que se ponen á secar al sol, y en invierno de osos blancos, que se alimentan de los restos que dejan olvidados los pescadores.

Cuando yo llegué á San Pedro, la capital de la isla consistia, á lo que me acuerdo, en una calle bastante larga, situada á la orilla del mar. Los habitantes, que son muy hospitalarios, vinieron á ofrecernos su mesa y su casa. El gobernador estaba alojado á un estremo de la ciudad. Tres ó cuatro veces comí con él y despues de comer solia enseñarme su *jardin* en uno de los fosos del fuerte, en donde cultivaba algunas legumbres de Europa. Luego nos dirigiamos á tener un rato de conversacion al pie del asta de bandera que estaba plantada en la fortaleza. El pabellon francés flotaba sobre nuestras cabezas, mientras que nosotros mirábamos un mar salvage y las



sombrías costas de Terra-Nova, siempre hablando de la patria.

Despues de una detencion de quince dias, dejamos la isla de San Pedro, y el buque, dirigiendo su rumbo al Mediodia, llegó á la altura de las costas del Maryland y de la Virginia, donde nos detuvieron las calmas. Allí gozábamos del mas hermoso cielo: las noches, y las salidas y puestas del sol eran admirables. En el capítulo del *Genio del Cristianismo* ya citado, titulado *Dos perspectivas de la naturaleza*, he recordado una de aquellas pompas nocturnas y el magnífico aspecto de la puesta del sol. «El globo del sol á punto de sumergirse en las ondas, se descubria por entre la jarcia del navío en medio de los inmensos espacios, etc.»

Poco faltó para que un accidente no desbaratase todos mis proyectos.

El calor nos ahogaba; el buque en una calma absoluta, sin velas, y sobradamente cargado con su arboladura, estaba agitado por los vaivenes. Hallándome abrasado sobre la cubierta, y fatigado del movimiento, resolví bañarme, y aunque no teniamos en el agua ninguna chalupa, me eché al mar desde el palo de bauprés. Al principio todo iba bien, y mi egemplo fué seguido de muchos pasageros. Nadaba yo sin mirar al buque; mas cuando volví la cabeza, noté que la corriente le habia ya llevado muy lejos de mí. La tripulacion se habia reunido toda sobre la cubierta, y habian echado un cabo á los otros nadadores; descubrianse en las aguas mismas del buque algunos tiburones, y para ahuyentarlos, disparaban desde bordo algunos tiros. La marejada era tan gruesa, que retardaba mi vuelta, y agotaba mis fuerzas: hallábame sobre un abismo, y los tiburones podian á cada momento llevárseme un brazo ó una pierna. En el buque se esforzaban en echar un bote

al agua; mas para esto era necesario armar un aparejo, lo cual exigia mucho tiempo.

Afortunadamente se levantó una brisa casi insensible: el buque pudo gobernar un poco, y se aproximó á mí, que ya entonces pude coger el cabo de la cuerda; pero los compañeros de mi temeridad se habian asido tambien á esta cuerda, y cuando nos izaron hácia el costado del bastimento, como yo me hallaba al estremo de la hilera, cargaban sobre mí con todo su peso. Nos fueron sacando uno á uno, cuya operacion fué muy larga; y como los vaivenes continuaban, á cada uno de ellos nos sumergíamos diez ó doce pies dentro del agua, ó nos quedábamos colgando en el aire á igual número de pies, como peces al fin de un sedal. A la última inmersion conocí que iba ya á perder el sentido, y con un vaiven mas se acababan mis viages: en fin, me izaron á bordo medio muerto: ¡si me hubiera ahogado, por cierto que la pérdida no hubiera sido grande!

Algunos dias despues de este accidente, descubrimos la tierra que nos hicieron ver las copas de algunos árboles que parecia salian del seno de las aguas: las palmeras de la embocadura del Nilo me descubrieron despues del mismo modo las riberas del Egipto. Vino un piloto á nuestro bordo, entramos en la bahía de Chesapeake, y aquella misma tarde enviamos una chalupa á buscar agua y víveres frescos. Yo me reuní con los que bajaban á tierra, y á la media hora de haber dejado el buque, puse los pies en el suelo americano.

Permanecí algun tiempo con los brazos cruzados, dirigiendo miradas alrededor de mí, poseido de una mezcla de sentimientos y de ideas que entonces no podia poner en claro ni ahora podria pintar. Aquel continente ignorado del resto del mundo por toda la antigüedad, y por espacio de muchos siglos en los



tiempos modernos; los primeros destinos salvages de aquel pais, y los segundos despues de la llegada de Cristóbal Colon; la dominacion de las monarquías de la conmovida Europa en aquel Nuevo-Mundo; la antigua sociedad acabando en la jóven América; una república de un género hasta entonces desconocido, anunciando un cambio en el espíritu humano y en el órden político; la parte que mi patria habia tenido en aquellos acontecimientos, aquellos mares y aquellas costas que en parte debian su independencia al pabellon y á la sangre francesa; un hombre grande que salia á la vez de en medio de las discordias y de los desiertos; Washington que habitaba una ciudad floreciente en el mismo sitio donde Guillermo Penn habia comprado un siglo antes un pedazo de tierra á algunos indios; los Estados-Unidos que al través del Océano, restituian á la Francia la revolucion y la libertad que la Francia habia sostenido con sus armas; mis propios proyectos en fin; los descubrimientos que me proponia hacer en aquellas soledades primitivas, cuyo vasto reino se estendia aun á espaldas del reducido imperio de una civilizacion estrangera: he ahí las cosas que ocupaban confusamente mi imaginacion.

Dirigímonos á una habitacion bastante apartada, para comprar en ella lo que nos quisieran vender. Atravesamos algunos bosquecillos de balsamíferos y cedros de Virginia, que embalsamaban el aire con sus aromas, y por donde revoloteaban los pájaros burlones y los cardenales, cuyo canto y colores me anunciaron un nuevo clima. Una negra de catorce á quince años y de estraordinaria belleza, nos abrió la barrera de una casa que se parecia á la vez á la hacienda de un inglés y á la habitacion de un colono. Algunas manadas de vacas pacian en prados artificiales rodeados de empalizadas, en los cuales correteaban una multitud de ardillas pardas, negras y

listadas: unos negros estaban aserrando piezas de madera, y otros cultivaban unas plantaciones de tabaco. Compramos algunas tortas de maiz, gallinas, huevos y leche, y nos volvimos á nuestro buque que estaba fondeado en la bahía.

Levamos ancla para ganar la rada y luego el puerto de Baltimore; pero el tránsito fué muy pausado en razon de faltarnos el viento. Al aproximarnos á Baltimore, se fueron estrechando las aguas, las cuales se encontraban en una calma perfecta: parecia que subiamos un rio cuyas orillas cubriesen largas calles de árboles. Baltimore se ofreció á nuestra vista como en el fondo de un lago: en frente de la ciudad se levantaba una colina cubierta de arboledas, al pie de la cual estaban edificando algunas casas. Amarramos en el muelle del puerto: yo me quedé á bordo, y saltando en tierra al dia siguiente, me alojé en la posada, adonde llevaron mi equipage. Los seminaristas se retiraron con su superior al establecimiento que tenian preparado, de donde despues se han ido dispersando por América.

Baltimore, como las demas metrópolis de los Estados-Unidos, no tenia entonces la estension que ha adquirido ahora; pero era una ciudad muy bonita, limpia y animada. Pagué mi pasage al capitan, y le le dí una comida de despedida en una taberna muy buena que habia junto al puerto. Tomé un asiento en la diligencia, que hacia el viage á Filadelfia tres dias á la semana: subí en dicho carruage á las cuatro de la mañana, y héme ya rodando sobre los magníficos caminos del Nuevo-Mundo, en donde ni conocia, ni era conocido de nadie. Mis compañeros de viage no me habian visto jamás, y yo no debia tampoco volver á verlos despues de nuestra llegada á la capital de la Pensilvania.

El camino que recorriamos se hallaba delineado, pero no concluido. El pais era muy árido y bastante llano: pocas aves, pocos árboles, algunas casas esparcidas, y ninguna poblacion: este era el aspecto que presentaba la campiña, y lo que me causó una impresion desagradable.



Al aproximarnos á Filadelfia, encontramos algunos paisanos que iban al mercado, y carruages públicos muy elegantes. Filadelfia me pareció una bella ciudad: sus anchas calles, algunas plantadas de árboles, se cortan en ángulo recto bajo un órden regular de Norte á Sur y de Este á Oeste. El Delaware que corre paralelo á la calle que sigue su orilla occidental, es un rio que seria muy considerable en Europa; pero del que no se hace mérito en América. Sus riberas son bajas y poco pintorescas.

En la época de mi viage (1791) todavía no se estendia Filadelfia hasta el Schuylkill, sino que su terreno, avanzando hácia este afluente, se hallaba dividido en porciones en que se construian algunas casas aisladas.

El aspecto de Filadelfia es frio y monótono. En general lo que falta á las ciudades de los Estados-Unidos son los monumentos, y sobre todo antiguos. El protestantismo, que nada sacrifica á la imaginacion, y que en sí mismo es nuevo, no ha elevado aquellas torres y aquellas cúpulas con que ha decorado la Europa la antigua religion católica. En Filadelfia, en Nueva-Yorck ni en Boston, no se vé casi ningun objeto que descuelle sobre las murallas y las casas, cuyo nivel entristece la vista.

Los Estados-Unidos mas bien dan la idea de una colonia, que de una nacion madre, y mas bien se encuentran allí usos que costumbres. Se conoce que los habitantes no son nativos del pais: aquella sociedad, tan hermosa en el presente, no tiene pasado; las ciudades son nuevas, los sepulcros de ayer, y esto es lo

que me hizo decir en los Natchez: «Todavía los europeos no tenian sepulcros en América, y ya tenian calabozos: estos eran los únicos monumentos de lo pasado en aquella sociedad sin abuelos y sin recuerdos.»

Nada hay antiguo en América sino los bosques, hijos de la tierra, y la libertad, madre de toda sociedad humana: mas esto suple bien por la falta de abuelos y de monumentos.

Un hombre que desembarcaba como yo en los Estados-Unidos, lleno de entusiasmo por los antiguos, un Caton que buscaba en todas partes la rigidez de las primeras costumbres romanas, debia ciertamente escandalizarse al encontrar por do quiera la elegancia de los trages, el lujo de los coches, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de banca y de juego, el bullicio de los salones de baile y de los teatros. En Filadelfia hubiera yo podido creerme en una ciudad inglesa, porque nada anunciaba que hubiese pasado de una monarquía á una república.

En el *Ensayo histórico* ha podido verse que en aquella época de mi vida admiraba yo mucho las repúblicas. Pero sin embargo no las creia posibles en la edad del mundo á que habiamos llegado; porque solo conocia la libertad al modo de los antiguos; esto es, la libertad hija de las costumbres en una sociedad naciente: ignoraba yo que hubiese otra libertad hija de las luces y de una civilizacion antigua; libertad cuya realidad ha probado la república representativa. En el dia ya el hombre puede ser libre sin necesidad de cultivar por sí mismo su pequeña hacienda, ni de despreciar las artes y las ciencias, ni de tener las uñas retorcidas ni la barba puerca.

El triste desengaño que habia sufrido en política, me comunicó sin duda el humor que me hizo escribir



la nota satírica contra los cuákeros, y hasta cierto punto contra todos los americanos, que se encuentra en el *Ensayo histórico*. Por lo demas, el esterior del pueblo en las calles de la capital de la Pensilvania, era muy agradable: los hombres se presentaban vestidos con el mayor aseo, y las mugeres, sobre todo las cuákeras, con sus sombreros uniformes parecian muy lindas.

Encontré muchos colonos de Santo Domingo y algunos franceses emigrados. Hallábame impaciente por empezar mi viage al desierto, y todos fueron de opinion de que me dirigiese á Albany, en donde mas inmediato á los desmontes y á las naciones indianas, me seria facil encontrar guias, y adquirir noticias.

Cuando llegué á Filadelfia no se encontraba allí el gran Washington, y me fué preciso aguardarle por espacio de quince dias. Regresó, y le ví pasar en una carroza que tiraban con rapidez cuatro briosos corceles soberbiamente enjaezados. Segun las ideas que yo tenia entonces, Washington era necesariamente un Cincinato, y Cincinato en carroza desconcertaba un poco mi república del año 296 de Roma. ¿El dictador Washington podia ser otra cosa que un rústico que estimulaba á sus bueyes con el aguijon, y empuñaba la esteva de su arado? Mas cuando fuí á presentar á este grande hombre mi carta de recomendacion volví á encontrar en él la sencillez del antiguo romano.

Una casita al estilo inglés, y parecida á las casas inmediatas, era el palacio del presidente de los Estados-Unidos; y ni guardias ni aun criados se veian allí. Llamé, y salió á recibirme una criada. Preguntéla si estaba en casa el general, y habiéndome contestado que sí, la manifesté que tenia que entregarle una carta. Aquella jóven me preguntó mi nombre,

que no pudo retener por ser muy dificil de pronunciar en inglés, y me dijo con afabilidad: *Walk in, sir*: «Entre usted, caballero;» y echando á andar delante de mí por uno de aquellos corredores largos y angostos, que sirven de vestíbulo á las casas inglesas, me introdujo en un gabinete, en donde me rogó esperase al general.

Yo me hallaba sereno, porque ni la grandeza del alma ni de la fortuna han doblegado nunca mi carácter; pues admiro la primera sin abatirme, y miro con mas compasion que respeto á la segunda. Jamás podrá turbarme el semblante de un hombre.

Al cabo de pocos minutos salio el general: era un hombre alto, de semblante mas bien que noble serio y reposado, y cuyas facciones se espresan muy bien en las estampas que corren. Le entregué la carta sin hablar una palabra, la abrió, miró la firma, y la leyó en voz alta, esclamando: »¡El coronel Armand!» Así llamaba él, y así habia firmado el marqués de la Rouairie.

Nos sentamos, y le espliqué como pude el objeto de mi viage. Contestábame él con monosílabos en francés ó en inglés, y me escuchaba con cierta admiracion. Advertílo yo, y le dije con viveza: «Pero mas fácil es descubrir el paso del Nordeste, que crear un pueblo como vos lo habeis hecho.» ¡*Well, well, young man*! esclamó tendiéndome la mano. Me convidó á comer para el dia siguiente, y nos separamos.

Acudí á la cita con puntualidad: éramos solo cinco ó seis convidados, y la conversacion giró casi enteramente sobre la revolucion francesa. El general nos enseñó una llave de la Bastilla, que eran unos juguetes harto necios que se distribuian entonces en ambos mundos. Si Washington hubiese visto como yo á los vencedores de la Bastilla en los arroyos de las calles de Paris, hubiese tenido menos fe en su reliquia. La



fuerza y la gravedad de la revolucion no residian en aquellas sangrientas orgías. Cuando la revocacion del edicto de Nantes en 1685, el mismo populacho del arrabal de San Antonio demolió el templo protestante de Charenton con tanto celo como devastó en 1793 la iglesia de San Dionisio.

Despedíme de mi huésped á las diez de la noche, y ya no volví á verle. El se fué al campo el dia siguiente, y yo continué mi viage.

Tal fué mi entrevista con aquel hombre que dió la libertad á todo un mundo. Washington bajó al sepulcro antes de que acompañase á mi persona un poco de celebridad: yo pasé por su lado como el ser mas desconocido, cuando él se hallaba en lo mas elevado de su esplendor, y yo en lo mas profundo de mi obscuridad. Mi nombre acaso no permaneció un dia entero en su memoria; pero sin embargo me considero dichoso, puesto que me dirigió algunas miradas: miradas que me han reanimado el resto de mi vida; porque tienen mucha virtud las miradas de un hombre grande. Despues ví á Bonaparte, y así me mostró la Providencia los dos personages á quienes quiso poner á la cabeza de los destinos de su siglo.

Si se compara á Washington y á Bonaparte de hombre á hombre, el genio del primero parece menos elevado que el del segundo. Washington no pertenece como Bonaparte á la raza de los Alejandros y de los Césares, que se eleva sobre la comun altura de la especie humana. Nada de admirable va unido á su persona; no se halla colocado en un vasto teatro, ni ha venido á las manos con los capitanes mas hábiles y los monarcas mas poderosos de su tiempo; no atraviesa los mares; no corre de Memfis á Viena, y de Cádiz á Moscou: se defiende con un puñado de ciudadanos, en una tierra sin recuerdos ni celebridad en el estrecho círculo de los hogares domésticos. No

dá aquellas batallas que renuevan los triunfos sangrientos de Arbelas y de Farsalia; no derriba los tronos para reconstruir otros con sus ruinas; *no pone el pie sobre la cerviz de los reyes*; ni les hace decir en los vestibulos de sus palacios.

Que tardan mucho, y se fastidia Atila.

Las acciones de Washington están envueltas en una especie de velo silencioso: obra con lentitud, y parece que se reconoce como el mandatario de la libertad del porvenir, y teme comprometerla. No es su destino el que ocupa á este héroe de nueva especie, es el de su pais; y por esto no se permite arriesgar lo que no le pertenece. Pero ¿qué golpe de luz no salta de aquella obscuridad? Buscad los desconocidos bosques en donde brilló la espada de Washington: ¿que encontrareis en ellos? ¿Sepulcros? No, ¡un mundo! Washington ha dejado los Estados-Unidos como trofeo en su campo de batalla.

Bonaparte no tiene ningun rasgo de aquel grave americano: pelea en una tierra antigua rodeada de esplendor y de ruido; no quiere crear otra cosa que su celebridad; solo está encargado de su propia suerte. Parece que conoce que su mision será corta, que el torrente que se precipita de tan alto se agotará muy pronto; y se apresura á gozar y abusar de su gloria como de una fugaz juventud. A la manera de los dioses de Homero, quiere llegar en cuatro pasos al cabo del mundo. Aparece en todas las costas, inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos; al paso va arrojando coronas á su familia y á sus soldados, precipita sus monumentos, sus leyes, sus victorias. Asomado al mundo, con una mano derriba los reyes, y con la otra abate el gigante revolucionario; mas al aniquilará la anarquía, ahoga



la libertad, y acaba al fin perdiendo la suya en su último campo de batalla.

Cada uno es recompensado segun sus obras: Washington eleva una nacion á la independencia; y magistrado de paz se duerme tranquilo bajo su techo paternal, entre las lágrimas de sus compatriotas y la veneracion de todos los pueblos.

Bonaparte arrebata á una nacion su independencia: emperador destronado, se ve lanzado en el destierro, en donde el mundo estremecido no le cree aun bastante seguro bajo la guarda del Océano, y mientras débil y encadenado sobre una roca está luchando contra la muerte, no se atreve la Europa á dejar las armas. Espira, y esta noticia publicada á la puerta del palacio, delante de la cual habia hecho proclamar el conquistador tantos funerales, no detiene ni admira al pasagero: y en efecto, ¿qué tenian que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste, el imperio de Bonaparte ha sido destruido: ha pasado entre el primero y el segundo viage de un francés, que halló una nacion reconocida, allí donde habia peleado por algunos colonos oprimidos.

Washington y Bonaparte salieron del seno de una república: hijos ambos de la libertad, fué le fiel el primero y el segundo la vendió. Su suerte, pues, en consecuencia de su eleccion, será diferente en lo venidero.

El nombre de Washington se esparcirá con la libertad de siglo en siglo, y marcará el principio de una nueva era para el género humano.

El nombre de Bonaparte tambien será repetido por las generaciones futuras; pero no irá unido á ninguna bendicion, y servirá con frecuencia de autoridad á los opresores grandes ó pequeños.

Washington ha sido en todo el representante de

las necesidades, de las ideas, de las luces, y de las opiniones de su época: en vez de contrariar el movimiento de los espíritus, le ha favorecido; ha querido lo que debia querer, aquello mismo á que estaba llamado, y de ahí la coherencia y perpetuidad de su obra. Este hombre, que hace poca impresion, porque es natural y de justas proporciones, ha confundido su existencia con la de su pais; su gloria es el patrimonio comun de la civilizacion progresiva; su celebridad se eleva como uno de esos santuarios, en donde mana para el pueblo una fuente inagotable.

Bonaparte podia enriquecer igualmente el patrimonio público: porque obraba en la nacion mas civilizada, mas inteligente, mas valerosa, y mas brillante de la tierra. ¡Cuál seria hoy el rango que ocuparia en el universo, si á lo que tenia de heróico hubiese reunido la magnanimidad, si Washington y Bonaparte á la vez, hubiesen nombrado á la libertad heredera de su gloria!

Pero este gigante desmesurado no enlazaba completamente sus destinos á los de sus contemporáneos; su genio pertenecia á la edad moderna, su ambicion era propia de la época pasada: no echó de ver que los prodigios de su vida escedian mucho al valor de una diadema, y que este ornamento gótico le sentaria mal. Tan pronto avanzaba un paso con el siglo, tan pronto retrocedia hácia lo pasado, y sea que se opusiese ó siguiera el curso del tiempo, su prodigiosa fuerza arrastraba ó repelia las olas. Los hombres no fueron á sus ojos mas que un medio de poder; ninguna simpatía se estableció entre su felicidad y la de aquellos. Habia prometido libertarlos, y los encadenó; se aisló de ellos, y ellos se alejaron de él. Los reyes de Egipto no colocaban sus pirámides entre florecientes campiñas, sino en medio de estériles arenales; aquellos grandes sepulcros se elevan



como la eternidad, en el desierto: Bonaparte ha edificado á su semejanza el monumento de su celebridad.

Los que han visto como yo al conquistador de la Europa y al legislador de la América, apartan ahora los ojos de la escena del mundo; porque algunos histriones que hacen llorar ó reir, no merecen que uno se tome el trabajo de mirarlos.

Un carruage semejante al que me habia llevado de Baltimore á Filadelfia, me condujo desde Filadelfia á Nueva-Yorck, ciudad alegre, poblada y comerciante; pero que sin embargo todavía distaba mucho de ser lo que es ahora. Desde allí fui peregrinando á Boston, para saludar al primer campo de batalla de la libertad americana. Vi los campos de Lexington, y me paré silencioso, como al viagero en las Termópilas, para contemplar la tumba de aquellos guerreros de ambos mundos que murieron los primeros por obedecer las leyes de la patria. Al sentar mis plantas en aquella tierra filosófica, cuya muda elocuencia me enseñaba como se levantan y se pierden los imperios, conocí la nada de mi ser ante los designios de la Providencia, y me humillé y escondí mi frente en el polvo (1).

Vuelto á Nueva-Yorck, me embarqué en el paquebote que daba la vela para Albany, subiendo el rio de Hudson, por otro nombre llamado el *rio del Norte*.

En una nota del *Ensayo histórico* he descrito una parte de mi navegacion por este rio, á cuya orilla desaparece hoy, entre los republicanos de Washington uno de los reyes de Bonaparte; algo mas, uno de sus hermanos. En esta misma nota hablo del mayor André, de aquel joven desventurado, sobre cuya suerte

(1) Ensayo histórico, parte I, cap. XXXIII.

un amigo, á quien no acabo de llorar, dejó escapar tiernas y atrevidas palabras cuando Bonaparte se preparaba á subir al trono en donde se habia sentado María Antonieta (1).

Cuando llegué á Albany, me dirigí a cierto Mr. Swift, para quien me habian dado una carta en Filadelfia. Aquel americano hacia el comercio de peletería con las tribus indianas enclavadas en el territorio cedido por la Inglaterra á los Estados-Unidos; porque las potencias civilizadas se reparten buenamente en América unas tierras que no les pertenecen. Despues que Mr. Swift me hubo escuchado, me hizo algunas objeciones muy fundadas. Me dijo que un viage de tal importancia, no debia yo emprenderle tan de repente, solo, sin auxilios, sin apoyo, sin recomendacion para los apostaderos ingleses, americanos y españoles, por donde me veria precisado á pasar: que aun cuando tuviese la felicidad de atravesar sin ningun accidente tantos desiertos, llegaria á unas regiones heladas, en donde pereceria de frio ó de hambre. Aconsejóme que empezase á aclimatarme haciendo una primera incursion por lo interior de América; que aprendiese el sioux, el iroqués y el esquimal; que viviese algun tiempo entre los corredores de los bosques del Canadá y los agentes de la compañía de la bahía de Hudson. Hechas estas preparaciones preliminares, opinaba que con la asistencia del gobierno francés, podria proseguir mi atrevida empresa.

Estos consejos, cuya prudencia no podia dejar de reconocer, no me hacian fuerza, y si por mí hubiera sido, me hubiera puesto en marcha desde luego para irme en derechura al polo, como se va de Paris á Saint-Cloud. Sin embargo, disimulé á Mr. Swift mi

(1) Mr. de Fontanes, *Elogio de Washington.*



disgusto, y le rogué me proporcionase un guia y caballos que me condujesen á la catarata de Niagara, y de allí á Pittsbourg, desde donde podriamos bajar el Ohio. Nunca podia yo quitarme de la cabeza el primer plan de viage que me habia formado.

Mr. Swift ajustó para mi servicio un holandés que hablaba muchos dialectos indianos. Yo compré dos caballos, y me dí prisa á salir de Albany.

Todo el pais que se estiende hoy entre el territorio de esta ciudad y el de Niagara, está habitado y cultivado, y le cruza el famoso canal de Nueva-Yorck; mas entonces una gran parte de aquel pais estaba desierta.

Cuando despues de haber pasado el Mohawk, me encontré en unos bosques que jamas habian sido cortados, caí en una especie de embriaguez, que tambien recuerdo en el *Ensayo histórico*: «Pasaba de un «árbol á otro, sin cuidarme de caminar á la derecha «ó la izquierda; porque me decia á mí mismo: aquí «no hay caminos que seguir, no hay ciudades, ni ca«sas ahogadas, ni presidentes, ni repúblicas, ni re«yes.....; y para esperimentar si con efecto me ha«llaba reintegrado en mis derechos originales, me «entregaba á mil actos de voluntad que hacian «desesperar al holandés que me servia de guia, el «cual en su interior me creia loco (1).»

Entramos en los antiguos cantones de las seis naciones iroqueses. El primer salvage que encontramos fué un jóven que caminaba delante de un caballo, sobre el cual venia sentada una indiana adornada al uso de su tribu. Mi guia les dió los buenos dias al pasar.

El lector sabe ya que en la frontera de la soledad tuve la fortuna de ser recibido por un compatriota

(1) *Ensayo histórico*, II parte, cap. LVII.

mio, por aquel Mr. Violet, maestro de baile de los salvages, los cuales le pagaban sus lecciones en pieles de castor y perniles de oso. «En medio de una «selva se veia una especie de granja, en la cual se «encontraban hasta veinte salvages de ambos sexos, «pintorreados como unos brujos, medio desnudos, «con las orejas recortadas, adornadas las cabezas con «plumas de cuervo y las narices con sortijas. Un fran«cés bajito, rizado y empolvado á la antigua, con «casaca verde-manzana, chupa de droguete, y pu«ños y guirindola de muselina, rascaba un violin de «faltriquera, y hacia bailar á aquellos iroqueses el «Madelon Friquet. Mr. Violet, cuando me hablaba de «los indios, me decia siempre: *Estos caballeros sal«vages y estas señoras salvagesas*. Estaba muy satisfe«cho de la agilidad de sus discípulos; y con efecto «yo no he visto jamás dar tales brincos. Mr. Violet, «colocando su pequeño violin entre la barba y el pe«cho templaba el instrumento fatal; y decia en iro«qués: ¡*En baile*! á cuya voz toda la compañía se «ponia á saltar como una bandada de demonios (1).»

Era ciertamente cosa bien estraña para un discípulo de Rousseau aquella introduccion á la vida salvage por medio de un baile que dabaá unos iroqueses un antiguo marmiton del general Rochambeau. Continuamos nuestro camino; y ahora dejaré hablar al manuscrito, el cual traslado tal como se encuentra, ya en forma de *narracion*, ya en la de *diario* y algunas veces en *cartas* ó simples *apuntes*.

## LOS ONONDAGAS.

Habiamos llegado á la orilla del lago á que ha dado su nombre la poblacion iroquesa de los onondagas. Nuestros caballos tenian necesidad de descanso, y mi holandés y yo buscamos el sitio que nos pareció mas á propósito para acamparnos, que fué la garganta de un valle, en el punto en donde sale del lago un rio, que despues de haber corrido en línea recta unas cien toesas hácia el Norte, vuelve al Este, y corre paralelo á la orilla del lago por fuera de las rocas de que se halla este circuido.

(1) *Itinerario*, tomo II.



En el recodo, pues, del rio, armamos nuestra tienda: clavamos en el suelo dos altos piquetes; colocamos horizontalmente sobre sus orquillas una larga percha, y apoyando unas cortezas de abedul por un estremo en el suelo y el otro en la varilla transversal, tuvimos un techo digno de nuestro palacio. Encendimos la hoguera de viage para guisar nuestra cena y ahuyentar los mosquitos: las sillas nos servian de cabezal, y las capas de cubre camas.

Colgamos una campanilla al cuello de los caballos, y los dejamos en los bosques. Por un instinto admirable dichos animales no se separan jamás hasta perder de vista la hoguera que sus amos encienden por la noche para ahuyentar los insectos y defenderse de las serpientes.

Desde el interior de nuestro choza gozábamos de una vista pintoresca. Estendíase ante nosotros el lago, que estaba rodeado de rocas y florestas; á nuestro rededor el rio, cuyas límpidas aguas ceñian nuestra península, barria impetuosamente sus riberas.

Apenas eran las cuatro de la tarde cuando quedó dispuesto nuestro establecimento. Entonces tomé el fusil y me fuiá recorrer las inmediaciones. Seguí ante todo la corriente del rio, y mis escursiones botánicas no fueron muy felices; porque encontré poca variedad de plantas: observé numerosas familias de *plantago-virjínica*, y algunas otras bellezas de los prados, todas harto comunes. Dejé las orillas del rio,

y dirigíme á las costas del lago; pero no fuí mas afortunado, porque á escepcion de una especie de rosago, no encontré nada que valiese la pena de detenerme: las flores de este arbusto, de un color de rosa muy vivo, producian un efecto maravilloso reflejadas por el agua azulada del lago y el oscuro costado de la roca, en donde penetraban sus raices.

Habia pocas aves, y solo descubrí una pareja solitaria que revoloteaba delante de mí, y parecia complacerse en derramar movimiento y amor sobre la fria inmovilidad de aquellos sitios. El color del macho me hizo reconocer al pájaro blanco ó *passer nivalis* de los ornitologistas. Tambien oí la voz de aquella especie de osifraga, que con tanta propiedad se ha caracterizado con la definicion de *strix exclamator*. Esta ave es inquieta como todos los tiranos, y yo me fatigué en vano en querer seguirla.

El vuelo de la osifraga me condujo al través de los bosques hasta un valle ceñido por unas colinas áridas y pedregosas. En este sitio estremadamente retirado, se veia una miserable cabaña de salvage edificada entre las rocas, y poco mas abajo pacia en un prado una vaca muy flaca.

A mi me han agradado siempre estas pequeñas guaridas: el animal asustado se agazapó en un rincon; porque el desgraciado teme comunicar al esterior con su sola vista, unos sentimientos que los hombres repugnan. Fatigado de mi paseo, me senté en lo alto de la colina que recorria, en frente de la choza indiana que estaba en la loma opuesta. Tendí la escopeta á mi lado, y me entregué á aquellas meditaciones que con tanta frecuencia me han enagenado.

Apenas habia pasado así algunos minutos, cuando oí voces en lo mas profundo del valle, y descubrí tres hombres que apacentaban cinco ó seis vacas muy gruesas. Despues de haberlas echado á pacer en los



prados, se dirigieron hácia la vaca flaca, y la hicieron huir á garrotazos.

La aparicion de aquellos europeos en un lugar tan desierto, me fué en estremo desagradable, y su violencia me los hizo aun mas importunos: echaban á la pobre bestia entre las rocas, y se reian descompasadamente al mismo tiempo que la esponian á romperse las piernas. Una muger salvage, y al parecer tan miserable como la vaca, salió de la aislada choza, y dirigiéndose al espantado animal, le llama con cariño, y le presenta algo que comer. La vaca corre hácia la muger, alargando el cuello y manifestando su alegría con un blando mugido. Los colonos al mismo tiempo amenazaban desde lejos á la pobre indiana, que volvió á entrarse en su choza. Siguióla la vaca, y se detuvo á la puerta, en donde su amiga la acariciaba con la mano, mientras el reconocido animal lamia aquella mano bienhechora: los colonos se habian retirado.

Entonces me levanté, bajé de la colina, crucé el valle, y subiendo la ladera opuesta, llegué á la choza, resuelto á reparar en cuanto estuviese á mi alcance la brutalidad de los hombres blancos. Cuando la vaca me vió, hizo ademan de huir; yo fuí acercándome con precaucion, y sin que el animal huyese, llegué hasta la habitacion de su ama.

Habiase metido la indiana en su choza: pronuncié la palabra: ¡Siègoh! ¡*He venido*! que era la salutacion que me habian enseñado; y la indiana, en lugar de corresponderme con la repeticion de costumbre: ¡*Habeis venido*! no contestó una palabra. Juzgué que la visita de uno de sus tiranos le era importuna, y para tranquilizarla me puse tambien á mi vez á acariciar á la vaca. La indiana se manifestó admirada; y en su pálido y sombrío semblante aparecieron signos de ternura y casi de gratitud. Estas misteriosas rela-

ciones del infortunio arrasaron de lágrimas mis ojos; y es ciertamente muy dulce el llorar por unos males que no ha llorado nadie.

Por algunos minutos todavía me miró mi huéspeda con un resto de duda, como si temiese que yo quisiera engañarla: dió luego algunos pasos, y dirigiéndose á la vaca, pasó la mano por la frente á la compañera de su miseria y soledad.

Alentado yo con esta muestra de confianza, y agotado ya todo lo que sabia de indiano, la dije en inglés: «Está muy flaca.» La indiana replicó al momento en mal inglés: «Come muy poco.» *She eats very little.* «La han echado del prado con muy poco miramiento:» repliqué yo. Y la muger me respondió: «Ambas (*both*) estamos acostumbradas á eso.—¿Qué no es vuestro este prado?» A lo que me contestó: «Era de mi marido, que murió, y como no tengo hijos, los blancos apacentan sus vacas en mi prado.»

Nada tenia yo que ofrecer á aquella pobre muger; y mi deseo hubiera sido reclamar la justicia en su favor; pero ¿á quién podia dirigirme en un pais en donde la mezcla de indianos y europeos tenia confundidas las autoridades, donde el derecho de la fuerza privada da la independencia al salvage, y en donde el hombre civilizado, ya medio salvage, habia sacudido el yugo de la autoridad civil?

La indiana y yo nos despedimos despues de habernos estrechado afectuosamente las manos. Mi huéspeda me dijo muchas cosas que no comprendí, y que sin duda eran deseos de felicidad para el estrangero. Si el cielo no los ha oido, no será ciertamente por falta de la que rogaba, si no por la del que era objeto del ruego: todas las almas no tienen igual disposicion para la felicidad, así como todas las tierras no producen iguales cosechas.

Volvime á mi *ajoupa*, en donde cené harto pobremente. La noche era magnífica: ni una ola rizaba las aguas del lago; el rio bañaba murmurando nuestra península, decorada de abenuces que todavía no habian soltado las flores; el *cuclillo de las Carolinas* repetia su canto monótono, que oíamos mas cerca ó mas lejos, segun que el ave cambiaba el lugar de sus amorosas llamadas.



Al otro dia fuí con mi guia á visitar al primer sachem de los onondagas, cuyo pueblo no estaba distante. Llegamos á las diez de la mañana, y al momento me rodeó una multitud de jóvenes salvages, que me hablaban en su lengua, mezclando en ella frases inglesas y algunas voces francesas: hacian mucho ruido, y mostrábanse muy alegres. Aquellas tribus indianas, enclavadas en los desmontes de los blancos, han tomado algo de nuestras costumbres: tienen caballos y ganados, y sus cabañas están llenas de muebles y utensilios comprados parte en Québec, Montréal, Niagara y el Estrecho, y parte en las ciudades de los Estados-Unidos.

El sachem de los onondagas era un viejo iroqués en todo el rigor de la palabra: su persona conservaba el recuerdo de los antiguos usos y tiempos del desierto: orejas grandes y recortadas, perla pendiente de la nariz, rostro abigarrado de diversos colores, pequeño copete de cabello en la coronilla de la cabeza, túnica azul, manto de piel, ceñidor de cuero con su cuchillo y macana, brazos pintorreados, mocasines en los pies, y rosario ó collar de porcelana en la mano.

Recibióme con amabilidad, y me hizo sentar sobre su estera. Los jóvenes se apoderaron de mi escopeta, desmontaron el rastrillo con un desembarazo que me sorprendió, y volvieron á colocar las piezas con igual destreza. Era una escopeta de dos cañones.

El sachem hablaba el inglés y entendia el francés; y como mi intérprete sabia el iroqués, fué muy fácil la conversacion. Entre otras cosas me dijo el viejo, que aunque su nacion siempre habia estado en guerra con la mia, no por eso habia dejado nunca de estimarla; y me aseguró que los salvages lloraban todavía la ausencia de los franceses. Quejábase de los americanos, que dentro de poco no dejarian á los pueblos cuyos antepasados los habian recibido, bastante tierra para cubrir sus huesos.

Hablé al sachem de la infelicidad de la viuda indiana, y me contestó, que en efecto aquella muger era perseguida; que él se habia interesado por ella muchas veces con los comisarios americanos; pero que no habia podido conseguir justicia: en otro tiempo, añadió, los iroqueses se la hubieran hecho.

Las mugeres indianas nos sirvieron un refresco. La hospitalidad es la última virtud salvage que han conservado los indios en medio de los vicios de la civilizacion europea. Sabido es cual era en otros tiempos esta hospitalidad: el que era recibido en una cabaña se hacia inviolable; el hogar era para él un altar que le hacia sagrado, y el dueño de aquel hogar, se hubiera dejado matar antes que permitir se tocase á su huésped un pelo de la ropa.

Cuando una tribu lanzada de sus bosques, ó un hombre pedia hospitalidad, el estrangero empezaba lo que llamaban la danza del suplicante, que se ejecutaba de este modo:

El suplicante avanzaba algunos pasos, luego se detenia mirando á la persona á quien dirigia la súplica, y se volvia en seguida á su primera posicion. Entonces entonaban los huéspedes el canto del estrangero: «Ve aquí al estrangero, ve aquí al enviado del Grande Espíritu.» Despues del canto, se dirigia un niño al estrangero, y le tomaba por la mano para



conducirle á la cabaña. Cuando el niño tocaba el umbral de la puerta, decia: «Ve aquí al estrangero;» y el gefe de la cabaña contestaba: «Niño, introduce al hombre en mi cabaña.» Entonces entraba el estrangero bajo la proteccion del niño, y se dirigia como entre los griegos á sentarse sobre la ceniza del hogar. Le presentaban la pipa de la paz; fumaba tres veces, y las mugeres entonaban el canto del consuelo: «El estrangero ha encontrado una ma«dre y una esposa: el sol saldrá y se pondrá para él «como antes.»

Llenaban de agua de erable una copa consagrada, que era una calabaza ó un vaso de piedra, que reposaba ordinariamente en un ángulo de la chimenea, y sobre la cual se ponia una corona de flores. El estrangero se bebia la mitad del agua, y pasaba la copa á su huésped para que la apurase.

Al otro dia de mi visita al gefe de los onondagas, continué mi viage; el viejo sachem se habia encontrado en la toma de Québec, y habia asistido á la muerte del general Wolf; y yo, que salia de la choza de un salvage, hacia muy poco que me habia escapado del palacio de Versalles, y acababa de sentarme á la mesa con Washington.

A medida que nos acercábamos á Niagara, el camino mas penoso se conocia apenas por la tala de los árboles: los troncos de estos servian de puentes sobre los arroyos, ó de faginas en las honduras. La poblacion americana tenia entonces mucha aficion á los establecimientos del Jeneso, que los gobiernos de los Estados-Unidos vendian mas ó menos caros, segun la bondad del terreno, la calidad de los árboles, el curso y la abundancia de las aguas.

Los desmontes ofrecian una mezcla singular del estado de la naturaleza y el de la civilizacion. En el rincon de un bosque, donde jamás habian resonado